



# EL RETRATO DE DORIAN GRAY

OSCAR WILDE

ADAPTACIÓN TEATRAL DE CLAUDIO MARTÍN

W. Bouguereau  
1850

**DRAMATIS PERSONAE**

---

HENRY WOTTON

BASIL HALLWARD

DORIAN GRAY

SIBYL VANE

SRA. VANE

JAMES VANE

ALAN CAMPBELL

CRIADOS

## ACCIÓN PRIMERA.-

---

HENRY, BASIL, CRIADO y DORIAN

HENRY.- Es tu mejor obra, Basil, lo mejor que has hecho. Debes mostrarla el año que viene en la galería Grosvenor. La Academia es demasiado grande y demasiado vulgar. Cada vez que voy allí, o hay tanta gente que no puedo ver los cuadros, lo que es horrible, o hay tantos cuadros que no puedo ver a la gente, lo que todavía es peor.

BASIL.- No, no creo que lo exponga en ningún sitio.

HENRY.- Pero, ¿Qué razón te impide mostrar al mundo tu obra más fantástica?

BASIL.- Sé que te vas a reír de mí, pero no me es posible exponerlo. He puesto en él demasiado de mí mismo.

HENRY.- ¡Demasiado de ti mismo! Por favor, no sabía que fueras tan vanidoso; no advierto la menor semejanza entre ti y ese joven apuesto. Vamos, mi querido Basil, ese muchacho derrocha juventud, y tú..., bueno, conservas ese aire entre intelectual y bohemio que adquiriste en París y que te empeñas en mantener, aunque sólo sea por nostalgia. Y ahora, por favor, dime la verdadera razón por la que te empeñas en no mostrar tu mejor obra.

BASIL.- Ya te lo he dicho.

HENRY.- No, no lo has hecho. Me has dicho que hay demasiado de ti en él. Y eso es una chiquillada.

BASIL.- Henry, todo retrato que se pinta de corazón es un retrato del artista, no de la persona que posa. El modelo no es más que un accidente; la ocasión. No es a él a quien revela el pintor; es más bien el pintor quien, sobre el lienzo coloreado, se revela. La razón de que no exponga el cuadro es que tengo miedo de haber mostrado el secreto de mi alma.

HENRY.- Y, ¿cuál es ...?

BASIL.- Te lo voy a decir.

HENRY.- Soy todo oídos, Basil.

BASIL.- En realidad es muy poco lo que hay que contar, Henry, y mucho me temo que apenas lo entenderías. Quizá tampoco te lo creas.

HENRY.- Estoy seguro de que lo entenderé; y en cuanto a creer cosas, me puedo creer cualquiera con tal de que sea totalmente increíble.

BASIL.- Hace dos meses asistí a una de esas fiestas de lady Brandon a las que va tanta gente. Cuando llevaba unos diez minutos en el salón noté de pronto que alguien me miraba. Al darme la vuelta vi a Dorian Gray por vez primera. Cuando nuestros ojos se encontraron, me noté palidecer. Una extraña sensación de terror se apoderó de mí. Supe que tenía delante a alguien con una personalidad tan fascinante que, si yo se lo permitía, iba a absorber toda mi existencia, el alma entera, incluso mi arte. Me asusté y decidí huir de allí. Te confieso que no fue la conciencia lo que me impulsó a hacerlo: más bien algo parecido a la cobardía.

HENRY.- Conciencia y cobardía son en realidad lo mismo, Basil. La conciencia es la marca registrada de la empresa; eso es todo.

BASIL.- No lo creo, Henry, y me parece que tampoco lo crees tú. Fuera cual fuese mi motivo conseguí llegar a duras penas hasta la puerta. Pero allí, de repente, me encontré cara a cara con el joven cuya personalidad me había afectado de manera tan extraña. Estábamos muy cerca, casi nos tocábamos. Nuestras miradas se cruzaron de nuevo. Desde ese momento veo las cosas de manera distinta, las pienso de forma diferente. ¡Henry! ¡Si supieras lo que Dorian es para mí!

HENRY.- ¡Eso que cuentas es extraordinariamente romántico! Me gustaría conocerlo.

BASIL.- Henry, Dorian Gray es para mí más que un motivo artístico. Quizá tú no veas nada en él. Yo lo veo todo. Lo encuentro en las curvas de ciertas líneas, en el encanto y sutileza de ciertos colores...

HENRY.- Entonces, ¿por qué te niegas a exponer su retrato?

BASIL.- Porque, sin pretenderlo, he plasmado en ese cuadro la adoración que siento por él, de la que, por supuesto, nunca he querido hablarle. Nada sabe. No lo sabrá nunca. Pero quizá el mundo lo adivine; y no quiero desnudar mi alma ante miradas entrometidas y superficiales. Hay demasiado de mí mismo en ese cuadro, Henry, ¡demasiado de mí mismo!

HENRY.- Creo que estás equivocado, pero no voy a discutir contigo. Dime, ¿Dorian Gray te corresponde con el mismo afecto.

BASIL.- Sí; sé que me tiene afecto. Es cierto, por otra parte, que lo halago terriblemente. Hallo un extraño placer en decirle cosas de las que sé que después voy a arrepentirme. Él por lo general es encantador conmigo, y nos sentamos en el estudio y hablamos de mil cosas. Pero otras veces es terriblemente desconsiderado, y parece disfrutar haciéndome sufrir. Entonces siento que he entregado toda mi alma a alguien que la trata como si fuera un adorno para un día de verano.

HENRY.- En verano los días suelen ser largos, Basil. Quizá te canses tú antes que él. Es triste pensarlo, pero sin duda el talento dura más que la belleza. Algún día mirarás a tu amigo, y te parecerá que está un poco desdibujado, o no te gustará la tonalidad de su piel, o cualquier otra cosa.

BASIL.- Henry, no hables así. Mientras viva, la personalidad de Dorian Gray me dominará.

HENRY.- Acabo de acordarme.

BASIL.- ¿Acordarte de qué, Henry?

HENRY.- De dónde he oído el nombre de Dorian Gray.

BASIL.- ¿Dónde?

HENRY.- No es necesario que te enfades. Fue en casa de mi tía, lady Agatha. Me dijo que había descubierto a un joven maravilloso que iba a ayudarla en el East End y que se llamaba Dorian Gray. Sí, recuerdo que me comentó la turbulenta historia de sus padres. Un suboficial de infantería, sin un céntimo, casado con Margaret, la hija de Kelso Devereux, una de las mayores

fortunas de Londres. Su abuelo montó en cólera cuando su hija se desposó sin su consentimiento con aquel desgraciado, y no cesó en su empeño hasta traerla otra vez a su redil, aunque para ello tuviera... bueno... se dice que la muerte del joven suboficial en un duelo fue preparada por él. Eso sí, nunca me contó que fuese bien parecido.

BASIL.- Me alegro mucho de que fuese así, Henry.

HENRY.- ¿Por qué?

BASIL.- No quiero que lo conozcas.

HENRY.- ¿No quieres que lo conozca?

BASIL.- No.

CRIADO.- *(Entrando.)* El señor Dorian Gray está en el vestíbulo

HENRY.- Ahora tienes que presentármelo.

BASIL.- Dígale al señor Gray que pase.

*(El criado se retira.)*

BASIL.- Henry. Dorian Gray es mi amigo más querido. Es una persona sencilla y bondadosa. No lo echas a perder. No trates de influir en él. Tu influencia sería mala. El mundo es muy grande y encierra mucha gente maravillosa. No me arrebatas la única persona que da a mi arte todo el encanto que posee: mi vida de artista depende de él. Tenlo en cuenta, Henry, confío en ti.

HENRY.- ¡Qué tonterías dices!

DORIAN.- *(Entrando.)* Perdóname, Basil, pero no sabía que estuvieras acompañado.

BASIL.- No importa, en este momento estábamos hablando de ti, Dorian. Te presento a lord Henry Wotton, un viejo amigo mío de Oxford.

HENRY.- Compruebo que el retrato le hace en todo justicia señor Gray.

DORIAN.- Gracias.

HENRY.- Mi tía Agatha me ha hablado a menudo de usted. Es uno de sus preferidos y, mucho me temo, también, una de sus víctimas.

DORIAN.- Me temo que en el momento actual estoy en la lista negra de lady Agatha. Prometí ir con ella el martes a un club de Whitechapel y lo olvidé por completo. Íbamos a tocar juntos un dúo, según creo. No sé qué pensará de mí. Me da miedo ir a visitarla.

HENRY.- Yo me encargo de reconciliarlo con ella. Siente verdadera devoción por usted. Y no creo que importara que no fuese. El público pensaría probablemente que era un dúo. Cuando tía Agatha se sienta al piano hace ruido suficiente por dos personas.

DORIAN.- Henry, quiero terminar hoy este retrato. ¿Me juzgarás terriblemente descortés si te pido que te vayas?

HENRY.- ¿Tengo que marcharme, señor Gray?

DORIAN.- No, por favor, lord Henry. Ya veo que Basil está hoy de mal humor, y no lo soporto cuando se enfada.

BASIL.- Si Dorian lo desea, claro que te puedes quedar. Los caprichos de Dorian son leyes para todo el mundo, excepto para él.

HENRY.- Agradezco tu repentina hospitalidad, Basil, pero, desgraciadamente, debo irme.

DORIAN.- Basil, si lord Henry Wotton se marcha, me iré yo también. Nunca despegas los labios cuando pintas, y es muy aburrido estar posando y tratar de parecer contento. Pídele que se quede. Insisto.

BASIL.- Quédate, Henry, para complacer a Dorian y para complacerme a mí. Y ahora, Dorian, sube al estrado y no te muevas demasiado ni prestes atención a lo que dice lord Henry. Tiene una pésima influencia sobre todos mis amigos.

DORIAN.- ¿Es cierto que ejerce usted una pésima influencia, lord Henry? ¿Tan mala como dice Basil?

HENRY.- Las buenas influencias no existen, señor Gray. Toda influencia es inmoral; inmoral desde el punto de vista científico.

DORIAN.- ¿Por qué?

HENRY.- Porque influir en una persona es darle la propia alma. Esa persona deja de pensar sus propias ideas y de arder con sus pasiones. Se convierte en eco de la música de otro, en un actor que interpreta un papel que no se ha escrito para él. Y, por lo tanto...

BASIL.- Vuelve la cabeza un poco más a tu derecha, Dorian.

HENRY.- Y, por lo tanto, todos los impulsos que nos esforzamos por estrangular se multiplican en la mente y nos envenenan. La única manera de librarse de la tentación es ceder ante ella. Si nos resistimos, nuestra alma enferma, anhelando lo que ella misma se ha prohibido, deseando lo que sus leyes monstruosas han hecho monstruoso e ilegal. Se ha dicho que los grandes acontecimientos del mundo suceden en el cerebro. Es también en el cerebro, y sólo en el cerebro, donde se cometen los grandes pecados. Usted, señor Gray, usted mismo, todavía con las rosas rojas de la juventud, ha tenido pasiones que le han hecho asustarse, pensamientos que le han llenado de terror, sueños y momentos de vigilia cuyo simple recuerdo puede teñirle las mejillas de vergüenza...

DORIAN.- ¡Basta!; Por favor, cálese. Me desconcierta usted. No sé qué decir. Debe haber una manera de responderle, pero en este momento no la encuentro. No estoy acostumbrado a esto. Sus palabras... bueno... son terribles, o no, quizá sólo hayan despertado en mí inquietudes que nunca tuve. Me cuesta analizarlas son... tan claras, tan agudas... tan crueles. Hace usted que me sienta terriblemente incómodo.

HENRY.- Mi querido Dorian, tranquilícese. No debe permitir que los sentimientos le afecten de tal manera. Se le marcan líneas hasta ahora imperceptible en su rostro, anticipando una edad que evidentemente no posee.

DORIAN.- ¿Qué importancia tiene eso?

HENRY.- Toda la importancia del mundo, señor Gray.

DORIAN.- ¿Por qué?

HENRY.- Porque posee usted la más maravillosa juventud, y la juventud es lo más precioso que se puede poseer.

DORIAN.- No lo siento yo así, lord Henry.

HENRY.- No; no lo siente ahora. Pero algún día, cuando sea viejo y feo y esté lleno de arrugas, cuando los pensamientos le hayan marcado la frente con sus pliegues y la pasión le haya quemado los labios con sus odiosas brasas, lo sentirá, y lo sentirá terriblemente. Ahora, dondequiera que vaya, seduce a todo el mundo. ¿Será siempre así?... Sí, señor Gray, los dioses han sido buenos con usted. Pero lo que los dioses dan, también lo quitan, y muy pronto. El tiempo tiene celos de usted, y lucha contra sus lirios y sus rosas. Se volverá cetrino, se le hundirán las mejillas y sus ojos perderán el brillo. Sufrirá horriblemente... ¡Ah! Disfrute plenamente de la juventud mientras la posee. No despilfarre el oro de sus días escuchando a gente aburrida, tratando de redimir a los fracasados sin esperanza, ni entregando su vida a los ignorantes, los anodinos y los vulgares. No deje que nada se pierda. Porque su juventud no durará mucho, demasiado poco, a decir verdad. Las flores sencillas del campo se marchitan, pero florecen de nuevo; nosotros nunca recuperamos nuestra juventud. Nos convertimos en espantosas marionetas, obsesionados por el recuerdo de las pasiones que nos asustaron en demasía, y el de las exquisitas tentaciones a las que no tuvimos el valor de sucumbir. ¡Juventud! ¡Juventud! ¡No hay absolutamente nada en el mundo excepto la juventud! Mi querido señor Gray, parece un poco perplejo. ¿No me dirá que no se alegra de haberme conocido?

DORIAN.- Sí, ahora sí. Me pregunto si me alegraré siempre.

BASIL.- *(Basil muestra el retrato.)* Está terminado.

HENRY.- Mi querido amigo, te felicito de todo corazón. Es el mejor retrato que he contemplado jamás.

DORIAN.- ¿De verdad está completamente acabado, Basil?

BASIL.- Totalmente. Hoy has posado mejor que nunca. Te estoy muy agradecido.

HENRY.- Eso me lo debe enteramente a mí. ¿No es así, señor Gray?

BASIL.- ¿No te gusta?

*(Silencio significativo de Dorian.)*

HENRY.- Claro que le gusta. ¿A quién podría no gustarle? Es una de las grandes obras del arte moderno. Te daré por él lo que quieras pedirme. Debe ser mío.

BASIL.- No soy su dueño, Henry.

HENRY.- ¿Quién es entonces?

BASIL.- Dorian, por supuesto.

HENRY.- Es muy afortunado.

DORIAN.- ¡Qué triste resulta! Me haré viejo, horrible, espantoso. Pero este cuadro siempre será joven. Nunca dejará atrás este día de junio... ¡Si fuese al revés! ¡Si yo me conservase siempre joven y el retrato envejeciera! Daría..., ¡daría cualquier cosa por eso! ¡Daría el alma!

HENRY.- No creo que te gustara mucho esa solución, Basil. Sería bastante despiadado con tu obra.

BASIL.- Me opondría con la mayor energía posible, Henry.

DORIAN.- Estoy seguro de que lo harías. Tu arte te importa más que mi amistad. Para ti no soy más que tus figurillas de bronce. Ni siquiera eso, me atrevería a decir. Ésas te gustarán siempre. ¿Hasta cuándo te gustaré yo? Hasta que me salga la primera arruga. Ahora ya sé que cuando se pierde la belleza, mucha o poca, se pierde todo. Tu cuadro me lo ha enseñado. Lord Henry Wotton tiene razón. La juventud es lo único que merece la pena. Cuando descubra que envejezco, me mataré.

BASIL.- ¡Dorian! ¡Dorian!, no hables así. Nunca he tenido un amigo como tú, ni tendré nunca otro. No me digas que sientes celos de las cosas materiales. ¡Tú estás por encima de todas ellas!

DORIAN.- Tengo celos de todo aquello cuya belleza no muere. Tengo celos de mi retrato. ¿Por qué ha de conservar lo que yo voy a perder? Cada momento que pasa me quita algo para dárselo a él. ¡Ah, si fuese al revés! ¡Si el cuadro pudiera cambiar y ser yo siempre como ahora! ¿Para qué lo has pintado? ¡Para que algún día se burle de mí! ¡Para que se burle despiadadamente!

BASIL.- Esto es obra tuya, Henry.

HENRY.- Es el verdadero Dorian Gray, eso es todo.

BASIL.- No lo es.

HENRY.- Si no lo es, ¿qué tengo yo que ver con eso?

BASIL.- Deberías haberte marchado cuando te lo pedí.

HENRY.- Me quedé cuando me lo pediste.

BASIL.- Henry, no me puedo pelear al mismo tiempo con mis dos mejores amigos, pero entre los dos me habéis hecho odiar la más perfecta de mis obras, y voy a destruirla. ¿Qué es, después de todo, excepto lienzo y color? No voy a permitir que un retrato se interponga entre nosotros.

*(Basil intenta cortar el lienzo; Dorian se lo impide.)*

- DORIAN.- ¡No, Basil, no lo hagas! ¡Sería un asesinato! ¡Por favor, detente!
- BASIL.- Está bien...
- DORIAN.- Perdóname, Basil, no sabía lo que decía.
- BASIL.- Me alegro de que por fin aprecies mi obra, Dorian. Había perdido la esperanza.
- DORIAN.- ¿Apreciarla? Me fascina. Es parte de mí mismo. Lo noto.
- BASIL.- En ese caso no se hable más; tan pronto como estés seco, serás barnizado, enmarcado y enviado a tu casa. Una vez allí, podrás hacer contigo lo que quieras.
- HENRY.- Vayamos esta noche al teatro.
- DORIAN.- Me gustaría ir con usted, lord Henry.
- HENRY.- Venga, entonces; y tú también, Basil.
- BASIL.- La verdad es que no puedo. Será mejor que no. Tengo muchísimo trabajo.
- HENRY.- Bien; en ese caso, iremos usted y yo, señor Gray.
- DORIAN.- Encantado.
- BASIL.- Yo me quedaré con el verdadero Dorian.
- DORIAN.- ¿Es ése el verdadero Dorian? ¿Soy realmente así?
- BASIL.- Sí; exactamente así.
- DORIAN.- ¡Maravilloso, Basil!
- BASIL.- Tienes al menos el mismo aspecto. Pero él no cambiará. Eso es algo.
- HENRY.- ¡Qué obsesión tienen las personas con la fidelidad! Los jóvenes quieren ser fieles y no lo son; los viejos quieren ser infieles y no pueden: eso es todo lo que cabe decir.
- BASIL.- No vayas esta noche al teatro, Dorian. Quédate a cenar conmigo.
- DORIAN.- No puedo, Basil.
- BASIL.- ¿Por qué no?
- DORIAN.- Porque he prometido a lord Henry ir con él.
- BASIL.- No mejorará su opinión de ti porque cumplas tus promesas. Él siempre falta a las tuyas. Te ruego que no vayas.
- (Gesto negativo de Dorian.)*
- BASIL.- Te lo suplico.

DORIAN.- Lo lamento, Basil, pero tengo que ir.

BASIL.- ¡Henry!

HENRY.- ¿Sí, Basil?

BASIL.- Recuerda lo que te he pedido.

HENRY.- No lo sé, Basil, ¿a qué te refieres?

BASIL.- Confío en ti.

HENRY.- Quisiera poder confiar en mí mismo.

## ACCIÓN SEGUNDA.-

---

HENRY, BASIL y DORIAN.

- BASYL.- Henry, ¿qué era tan importante que no has podido esperar a mañana?
- HENRY.- ¿Ya veo que no estás enterado de la noticia?
- BASIL.- No. ¿De qué se trata?
- HENRY.- Dorian Gray se ha prometido.
- BASIL.- ¡Dorian prometido! ¡Imposible!
- HENRY.- Es absolutamente cierto.
- BASIL.- ¿Con quién?
- HENRY.- Con una actricilla de poco más o menos; Sybil Vane, creo recordar que se llama.
- BASIL.- No me lo puedo creer. Dorian es demasiado sensato.
- HENRY.- Dorian ha madurado; ya no es el muchachito tímido y asustado que posaba hace unos meses en tu estudio. Dorian es ya lo suficientemente prudente para no hacer alguna tontería de cuando en cuando, mi querido Basil.
- BASIL.- Casarse es una cosa que difícilmente se puede hacer de cuando en cuando, Henry. Piensa en la cuna de Dorian, en su posición, en su riqueza. Sería absurdo que se casara tan por debajo de sus posibilidades.
- HENRY.- Si de verdad quieres que se case con la chica, dile precisamente eso. Puedes estar seguro de que lo hará. Siempre que un hombre hace algo perfectamente estúpido, lo hace por el más noble de los motivos.
- BASIL.- Espero que la chica sea buena. No quisiera ver a Dorian atado a alguna horrenda criatura que pueda envilecer su cuerpo y destruir su inteligencia.
- HENRY.- No, no; la chica es mejor que buena..., es bella, según dice Dorian y no suele equivocarse en ese tipo de cuestiones. Vamos a conocerla esta noche, si es que Dorian no olvida su cita con nosotros.
- BASIL.- ¿Esta noche?
- HENRY.- Sí, la cita para el teatro es, hasta cierto punto, una imposición de Dorian; quiere a toda costa que la conozcamos como actriz.
- BASIL.- ¿Hablas en serio?
- HENRY.- Completamente en serio. Me sentiría terriblemente mal si creyera que alguna vez llegaré a hablar más seriamente que en este momento.

BASIL.- Pero, ¿tú lo apruebas, Henry? Es imposible que lo apruebes. Se trata sólo de un capricho.

HENRY.- Yo ya no apruebo ni desapruebo nada. Dorian Gray se enamora de una hermosa muchacha que interpreta a Julieta y se propone casarse con ella. ¿Por qué no? Espero que la adore apasionadamente durante seis meses y que luego, de repente, quede fascinado por otra persona.

BASIL.- No crees ni una sola palabra de lo que dices. Si Dorian Gray echara a perder su vida, nadie lo sentiría más que tú.

HENRY.- Mi querido Basil, una vida sólo se echa a perder cuando se detiene su crecimiento. Si quieres estropear una personalidad, basta reformarla. Pero aquí llega Dorian, que te lo contará todo mejor que yo.

DORIAN.- *(Entrando.)* Basil, Henry, ¡los dos tenéis que felicitarme! No he sido nunca tan feliz. Ya sé que es repentino; todo lo realmente delicioso lo es. Y, sin embargo, me parece que no he buscado otra cosa en toda mi vida.

BASIL.- Espero que seas siempre muy feliz, Dorian, pero no te perdono que no me hayas informado de tu compromiso. A Henry sí se lo has dicho.

HENRY.- Y yo no te perdono que llegues tarde a cenar. Pero, por favor, siéntate y explícanos como ha sucedido todo.

DORIAN.- En realidad no hay mucho que contar. Ayer, después de dejarte; Henry, me dirigí directamente al teatro. Sibyl interpretaba a Rosalinda. ¡Tendríais que haberla visto! Cuando apareció vestida de muchacho estaba absolutamente maravillosa. Llevaba un jubón de terciopelo color musgo con mangas de color canela. Nunca me había parecido tan exquisita. Tenía la gracia delicada de esa figurilla de ébano que tienes en tu estudio, Basil. Los cabellos rodeándole la cara como hojas oscuras en torno a una pálida rosa. En cuanto a su interpretación..., bueno, vais a verla esta noche. Me quedé completamente embobado en mi palco cochambroso. Cuando terminó la representación, pasé entre bastidores y hablé con ella. Mientras estábamos sentados uno al lado del otro, apareció de repente en sus ojos una mirada que yo no había visto nunca. Mis labios se movieron hacia los suyos. Nos besamos. No soy capaz de describiros lo que sentí en aquel momento. Me pareció que la vida entera se concentraba en sus labios. Sibyl se puso a temblar de pies a cabeza, estremeciéndose como un narciso blanco. Luego se arrodilló y me besó las manos. Comprendo que no debería contaros todo esto, pero no puedo evitarlo.

HENRY.- Lo sé, Dorian, a lo largo de tu vida me contarás todo lo que hagas.

DORIAN.- Tienes razón, Henry, creo que estás en lo cierto. No puedo dejar de contarte las cosas. Tienes una curiosa influencia sobre mí. Si alguna vez cometiera un delito, vendría a confesártelo; tú lo entenderías.

BASIL.- Las personas como tú no delinquen. Y ahora dinos ¿Cómo te prometiste?

DORIAN.- Nuestro compromiso es un secreto total. Sibyl ni siquiera se lo ha dicho a su madre.

HENRY.- ¿Entonces no mencionaste en ningún momento la palabra matrimonio, Dorian?

DORIAN.- Henry, no me comporté como si fuera un trato comercial, y no le hice explícitamente una propuesta de matrimonio. Le dije que la amaba y ella respondió que no era digna de ser mi esposa. ¡Que no era digna! ¡Cuando el mundo entero no es nada para mí comparado con ella!

HENRY.- Las mujeres son maravillosamente prácticas; mucho más prácticas que nosotros. En situaciones como ésta, olvidamos con frecuencia mencionar la palabra matrimonio, pero ellas nos lo recuerdan siempre.

DORIAN.- Eres completamente incorregible, Henry; pero no me importa. Es imposible enfadarse contigo. Cuando veas a Sibyl Vane, estarás ante la persona más dulce e indefensa y comprenderás que el hombre que la tratara mal sería un desalmado, un ser sin corazón. No entiendo que nadie quiera avergonzarse al ser que ama. Y yo amo a Sibyl Vane. Quiero colocarla sobre un pedestal de oro, y ver cómo el mundo venera a la mujer que es mía. Quiero que los dos vengáis conmigo esta noche para verla actuar. No tengo el menor temor al resultado. Sin duda reconoceréis su talento. Luego he de arrancarla de ese pestilente lugar; la traeré a algún teatro de West End y la presentaré como es debido. Enloquecerá al mundo como me ha enloquecido a mí.

BASIL.- Dorian, estás terriblemente excitado.

DORIAN.- Basil, no entiendo como tú no comprendes mi estado de ánimo. Hay sentimientos que difícilmente pueden ocultarse e irremisiblemente afloran. Cuando realizabas mi retrato observé en ti reacciones parecidas: el sudor brotaba en tu frente y tu abstracción apenas hacía que me prestaras atención. En eso somos diferentes a Henry, él tiene una explicación para todo, su frialdad le capacita para establecer una teoría de cada situación y de esa manera salir indemne, sin remordimientos y poder enfrentarse a otra adversidad sin tara. Pero cuando estoy con ella, reniego de todo lo que me has enseñado. Me convierto en alguien diferente del que has conocido. He cambiado y el simple hecho de tocar la mano de Sibyl Vane hace que te olvide y que olvide tus falsas teorías, tan fascinantes, tan emponzoñadas, tan deliciosas.

HENRY.- ¿Mis teorías...?

DORIAN.- Tus teorías sobre la vida, tus teorías sobre el amor, tus teorías sobre el placer.

HENRY.- El placer es la prueba de fuego de la Naturaleza. Cuando somos felices, como te sucede ahora a ti, siempre somos buenos, pero cuando somos buenos no siempre somos felices.

DORIAN.- ¡Eres horrible, Henry! No sé por qué te tengo tanto afecto.

HENRY.- Me lo tendrás siempre. Sí, Dorian, porque represento para ti todos los pecados que nunca has tenido el valor de cometer.

DORIAN.- ¡Qué cosas tan absurdas dices! Pero, bueno, esta noche nos veremos en el teatro. Cuando Sibyl salga a escena, encontrarás un nuevo ideal de vida.

HENRY.- Sí, esta noche nos veremos allí. Me encanta el teatro. Es mucho más real que la vida misma.

## ACCIÓN TERCERA.-

---

SIBYL, SRA. VANE y JAMES

SIBYL.- Qué feliz soy, madre! Soy muy feliz, ¡y tú también debes serlo!

SRA. VANE.- ¡Feliz! Sólo soy feliz cuando te veo actuar. Sólo debes pensar en tu carrera. El señor Isaacs ha sido muy bueno con nosotras, y le debemos dinero.

SIBYL.- ¿Dinero, madre?, ¿qué importancia tiene el dinero? El amor es más que el dinero.

SRA. VANE.- El señor Isaacs nos ha adelantado cincuenta libras para pagar nuestras deudas, y para vestir a James como es debido. No debes olvidarlo, Sibyl. Cincuenta libras es mucho. El señor Isaacs ha tenido muchas consideraciones con nosotras.

SIBYL.- No es un caballero, madre, y me desagrada mucho la manera que tiene de hablarme.

SRA. VANE.- No sé cómo podríamos arreglárnoslas sin él.

SIBYL.- Ya no nos hace falta. El príncipe azul gobierna ahora nuestras vidas. Le quiero.

SRA. VANE.- ¡Por Dios, Sibyl, eres una insensata.

SIBYL.- Madre, madre, ¿por qué me quiere tanto? Sé que yo le quiero. Le quiero porque es la imagen de lo que el mismo amor debe ser. Pero, ¿qué ve en mí? No soy digna de él. Y sin embargo, aunque me veo tan por debajo de él, no siento humildad: siento orgullo, un orgullo terrible, pero no sé explicar por qué. Madre, ¿querías a mi padre como yo quiero al príncipe azul? *(Pausa.)* Perdóname. Ya sé que hablar de mi padre te hace sufrir. Pero sufres porque lo querías muchísimo. No te entristezcas. Soy tan feliz hoy como lo eras tú hace veinte años. ¡Ah, déjame que sea feliz para siempre!

SRA. VANE.- Sibyl, entiéndeme, estoy preocupada, ese joven... ¿qué sabes de él? Ni siquiera conoces su nombre. Además todo ha sido tan precipitado. Tu hermano James parte esta misma tarde para Australia. Tengo tantas preocupaciones y tú te muestras tan desconsiderada...

SIBYL.- ¡Madre, madre! ¡Permíteme ser feliz!

JAMES.- *(Entrando.)* Podrías guardar algunos de tus besos para mí, Sibyl, pienso yo.

SIBYL.- ¡Pero si no te gusta que te besen! Siempre has sido un arisco.

JAMES.- Hoy sí quiero que me beses. Esta tarde me marchó y no creo que vuelva a ver nunca este horrible Londres. Estoy seguro de que no lo echaré de menos.

SRA. VANE.- No digas esas cosas tan horribles, James.

JAMES.- ¿Por qué no, madre? Es lo que siento.  
*(Sibyl busca una prenda de su vestuario.)*

SRA. VANE.- Me duele que hables así. No pierdo la esperanza de que regreses de Australia después de hacer fortuna y puedas formar parte de la buena sociedad de Londres.

JAMES.- ¡Buena sociedad! No me interesa nada la buena sociedad. Me gustaría ganar algún dinero para sacarlos a ti y a Sibyl de los escenarios. Aborrezco la vida del teatro.

SIBYL.- ¡James! Por favor no digas eso. Hoy no; es tan especial para mí. *(Buscando la prenda.)* Madre, sabes dónde está el jubón de terciopelo.

SRA. VANE.- Sí, lo planche esta mañana y lo coloqué en el guardarropa.

SIBYL.- James, no te marche aún. Espérame, vuelvo en un momento. *(Sale.)*

JAMES.- Está bien.  
*(Pausa.)*

JAMES.- ¿Están listas mis cosas, madre?

SRA. VANE.- Está casi todo preparado, James. Espero que estés satisfecho con tu vida en el mar. Recuerda que eres tú quien la ha elegido.

JAMES.- Descuida, madre, soy yo quien ha elegido vivir así. Sólo te pido que cuides de Sibyl. No permitas que le suceda nada malo. Tienes que cuidarla, madre.

SRA. VANE.- Hablas de una manera muy extraña, James. Claro está que cuidaré de Sibyl.

JAMES.- Me han dicho que hay un caballero que viene todas las noches al teatro y luego charla con ella entre bastidores. ¿Es cierto?

SRA. VANE.- Hablas de cosas que no entiendes, James. En nuestra profesión estamos acostumbradas a recibir atenciones. Hubo un tiempo en que yo misma recibía muchos ramos de flores. Entonces sí que se entendía el trabajo de los actores. En cuanto a Sibyl, ignoro si en el momento actual su interés es serio o no. Pero no hay duda de que el joven que mencionas es un perfecto caballero. A mí me trata con extraordinaria corrección. Por otra parte, da la sensación de ser rico, y las flores que manda son muy bonitas.

JAMES.- Pero no sabes cómo se llama.

SRA. VANE.- No, no ha revelado aún su verdadero nombre. Y me parece muy romántico.

JAMES.- Cuida de Sibyl, madre. ¡Cúdala!

SRA. VANE.- Hijo mío, me duelen mucho tus palabras. Siempre cuido de Sibyl de manera muy especial. Por supuesto, si ese caballero es rico, no hay razón para que no se case con él. Estoy segura de que se trata de un aristócrata. Tiene todo el aspecto, no hay la menor duda. Sería un matrimonio brillantísimo para Sibyl. Harían una pareja encantadora. Es un muchacho muy apuesto, todo el mundo lo advierte.

JAMES.- Madre, hay algo que tengo que pedirte.

SRA. VANE.- ¿Sí, James?

JAMES.- Dime la verdad... (*Titubeo.*) Creo que tengo derecho a saberlo. Oigo murmuraciones en los pasillos del teatro y eso me llena de zozobra. Necesito saberlo antes de embarcar.

SRA. VANE.- A qué te refieres, James.

JAMES.- A mi padre.

SRA. JAMES.- Sabes que no me gusta hablar de él.

JAMES.- Lo sé, pero necesito saberlo.

SRA. VANE.- ¿Qué quieres, James?

JAMES.- ¿Estabas casado con él?

SRA. VANE.- No, no lo estaba. Pero tú no puedes entenderlo.

JAMES.- ¿Por qué no? ¿Por qué no puedo entender que mi padre era un...?

SRA. VANE.- No debes juzgarlo.

JAMES.- Sí, por qué no. Era un canalla.

SRA. VANE.- No digas eso de tu padre. Yo sabía que vivía con otra mujer, pero me quería, me quería como nadie me ha querido jamás. Si hubiera vivido, habría atendido a nuestras necesidades. No lo condenes, hijo mío. Era tu padre y un caballero. Pertenece a una excelente familia.

JAMES.- A mí eso no me importa. Ahora sólo me importa Sibyl. Y ese tipo que está enamorado de ella, es un caballero, ¿no?; y de una excelente familia, como dices que era mi padre

SRA. VANE.- Sibyl tiene madre; yo no la tenía.

JAMES.- ¿Sí? Pues no olvides que ahora sólo tienes que cuidar de ella, y créeme cuando te digo que si ese hombre engaña a mi hermana, descubriré quién es, lo encontraré y lo mataré como a un perro, lo juro.

SIBYL.- (*Entrando.*) Madre, que te pasa, por qué lloras.

SRA. VANE.- No es nada, hija. Es por tú hermano. Ésta es su última tarde con nosotras y... bueno, voy a acabar de preparar su equipaje. (*Sale.*)

SIBYL.- ¿Qué ocurre, James?

JAMES.- Nada, ya te lo ha dicho. Eso es todo.

SIBYL.- ¿Por qué estás triste? Se bien que, a pesar de que lo niegues, te duele tener que alejarte de nosotras.

JAMES.- No lo sabes muy bien.

SIBYL.- Pero piensa en el futuro tan prometedor que te espera a tu regreso. Vendrás cubierto de gloria y acompañado de una linda muchacha, serás la envidia de la sociedad londinense y todos querrán conocerte: te invitarán a los círculos más selectos. Serás un hombre famoso. *(Pausa.)* No escuchas una sola palabra de lo que digo, James, a pesar de que hago los planes más maravillosos para tu futuro. Haz el favor de hablarme.

JAMES.- ¿Qué quieres que diga?

SIBYL.- Pues que vas a ser un buen chico y que no te olvidarás de nosotras.

JAMES.- Será más fácil que tú te olvides de mí que yo de ti.

SIBYL.- ¿Qué quieres decir?

JAMES.- Tienes un nuevo amigo, según he oído. ¿Quién es? ¿Por qué no me has hablado de él? No te hará ningún bien.

SIBYL.- ¡No sigas, James! No digas nada contra él. Lo quiero.

JAMES.- ¡Cómo es posible! Ni siquiera sabes su nombre. ¿Quién es? Tengo derecho a saberlo.

SIBYL.- Se llama príncipe azul.

JAMES.- ¿Príncipe azul...?

SIBYL.- ¡Sí! ¿No te gusta? ¡Vamos, no seas tonto! Si lo vieras, te darías cuenta de que es la persona más maravillosa del mundo. Algún día lo conocerás cuando vuelvas de Australia. Te gustará mucho. Le gusta a todo el mundo; y yo... yo lo quiero. Ojalá pudieras venir esta noche al teatro. Estará allí, y yo voy a hacer de Julieta. ¡Ah, cómo interpretaré mi papel! ¡Imagínate, James! ¡Estar enamorada e interpretar a Julieta! ¡Tenerlo allí, viéndome! ¡Interpretar para darle gusto! ¡Oh, James! Esta tarde será la más feliz de mi vida. Me siento tan empequeñecida ante su cariño. Sé que es todo un caballero, mientras yo tan sólo soy una insignificante actriz...

JAMES.- Es un caballero...

SIBYL.- ¿Y qué tiene de malo?

JAMES.- ¡Es un caballero como lo fue nues...!

SIBYL.- ¿Qué dices, James, qué tratas de decirme?

JAMES.- Tu príncipe azul sólo quiere esclavizarte.

SIBYL.- Me estremece la idea de ser libre.

JAMEN.- Ten cuidado, te lo ruego.

SIBYL.- Verlo es adorarlo, conocerlo es confiar en él.

JAMES.- Has perdido la cabeza, Sibyl.

SIBYL.- Mi querido y maduro hermanito, hablas como si tuvieras cien años. Algún día también tú te enamorarás.

JAMES.- Enamorarme...

SIBYL.- Entonces sabrás de qué se trata. No pongas ese gesto tan triste. Debe alegrarte pensar que, aunque tú te vayas, me dejas más feliz que nunca. La vida ha sido dura para nosotros dos, terriblemente dura y difícil. Pero a partir de ahora será diferente. Tú te vas a un mundo nuevo, y yo he descubierto el mío. ¡Oh, James, como me gustaría que lo conocieras!

JAMES.- A mí también me gustaría, porque tan cierto como que hay un Dios en el cielo, si alguna vez te hace daño, lo mataré. Juro que lo mataré.

SIBYL.- Estás loco, completamente loco ¿Cómo puedes imaginar cosas tan horribles? No sabes lo que dices. Sencillamente tienes celos. ¡Ojalá te enamoras! El amor hace buenas a las personas, y eso que has dicho ha sido una maldad.

JAMES.- Sibyl, sé perfectamente lo que me digo. Nuestra madre no te ayuda en absoluto. No sabe cómo hay que cuidarte. Preferiría no tener que irme a Australia. Estoy por mandarlo todo a paseo.

SIBYL.- No digas eso. Y no me hables así, por favor. No conseguirás que discuta contigo. No, no en un día como hoy. Dentro de tres horas actuaré para él. Lo quiero y quererlo es la felicidad perfecta. Sé que nunca harás daño a alguien a quien yo ame, ¿verdad que no?

JAMES.- No, mientras todavía lo quieras.

SIBYL.- ¡Le querré siempre!

JAMES.- ¿Y él?

SIBYL.- ¡También siempre!

JAMES.- Más le vale.

## ACCIÓN CUARTA.-

---

SIBYL y DORIAN.

SIBYL.- ¡Oh! Sí. Estás aquí. Por fin. La representación se me ha hecho insoportable. Necesitaba verte, estar de nuevo contigo. (*Mal gesto de Dorian.*) ¿Qué te pasa?

DORIAN.- No lo puedo creer. No de ti Sibyl.

SIBYL.- ¿El qué?

DORIAN.- Tu actuación ha sido horrible. No recuerdo haber visto jamás nada tan espantoso sobre escena. ¿Qué te pasa? No puedes hacerte idea de lo que ha sido. No te imaginas cómo he sufrido.

SIBYL.- Pero, ¿No lo entiendes?

DORIAN.- ¿Entender qué?

SIBYL.- El porqué de que lo haya hecho tan mal esta noche. El porqué de que de ahora en adelante lo haga siempre mal. El porqué de que no vuelva nunca a actuar bien.

DORIAN.- Supongo que estás enferma. Cuando estés enferma no deberías actuar. Te pones en ridículo. Mis amigos se han decepcionado. Yo me he sentido terriblemente avergonzado.

SIBYL.- Antes de conocerte, actuar era la única realidad de mi vida. Sólo vivía para el teatro. Creía que todo lo que pasaba en el escenario era verdad. Era Rosalinda una noche y Porcia otra. La alegría de Beatriz era mi alegría, e igualmente mías las penas de Cordelia. Lo creía todo. La gente vulgar que trabajaba conmigo me parecía tocada de divinidad. Los decorados eran mi mundo. Sólo sabía de sombras, pero me parecían reales. Luego llegaste tú, ¡mi maravilloso amor!, y sacaste a mi alma de su prisión. Me enseñaste qué es la realidad.

DORIAN.- No acierto a entenderte.

SIBYL.- Esta noche, por primera vez en mi vida, he visto el vacío, la impostura, la estupidez del espectáculo sin sentido en el que participaba. Hoy me he dado cuenta de que Romeo era horroroso, viejo, y de que iba terriblemente maquillado; que la luna sobre el huerto era mentira, que los decorados eran vulgares y que las palabras que decía eran irreales, que no eran mías, no eran lo que yo quería decir.

DORIAN.- ¡Oh, Sibyl! ¿Cómo has llegado a eso?

SIBYL.- Tú me has hecho entender lo que es de verdad el amor. ¡Amor mío! ¡Mi príncipe azul! ¡Príncipe de mi vida! Me he cansado de las sombras. Eres para mí más de lo que pueda ser nunca el arte. ¿Qué tengo yo que ver con las marionetas de una obra? Cuando he salido a escena, esta noche, pensaba hacer una interpretación maravillosa y de pronto he descubierto que era incapaz de actuar. De repente he comprendido lo que significa amarte. Saberlo me ha hecho feliz. He sonreído al oír protestar a los espectadores. ¿Qué saben ellos de un amor como el nuestro?

DORIAN.- No has entendido nada.

SIBYL.- Llévame lejos; llévame contigo a donde podamos estar completamente solos. Aborrezco el teatro. Sé imitar una pasión que no siento, pero no la que arde dentro de mí como un fuego. ¡Oh, amor mío! ¿lo entiendes ahora? Incluso aunque pudiera hacerlo, sería para mí una profanación representar que estoy enamorada. Tú me has hecho verlo.

DORIAN.- Has matado mi amor. *(Pausa.)* Sí, has matado mi amor. Eras un estímulo para mi imaginación. Ahora ni siquiera despiertas mi curiosidad. Te amaba porque eras maravillosa, porque tenías talento e inteligencia, porque hacías reales los sueños de los grandes poetas y dabas forma y contenido a las sombras del arte. Has tirado todo eso por la ventana.

SIBYL.- No eres tú el que habla.

DORIAN.- Eres superficial y estúpida. ¡Cielo santo! ¡Qué loco estaba al quererte! ¡Qué imbécil he sido! Ya no significas nada para mí. Nunca volveré a verte. Nunca pensaré en ti. Nunca mencionaré tu nombre.

SIBYL.- No digas eso.

DORIAN.- No te das cuenta de lo que representabas para mí ¡Quisiera no haberte visto nunca! Has destruido la poesía de mi vida. ¡Qué poco sabes del amor si dices que ahoga el arte! Sin el arte no eres nada. Yo te hubiera hecho famosa, espléndida, deslumbrante. El mundo te hubiera adorado, y habrías llevado mi nombre. Pero, ahora, ¿qué eres? Una actriz de tercera categoría con una cara bonita.

SIBYL.- No hablas en serio, ¿verdad, Dorian? Estás actuando.

DORIAN.- ¿Actuando? Eso lo dejo para ti, que lo haces tan bien. *(Sibyl intenta acariciarlo.)*  
¡No me toques!

SIBYL.- ¡No me dejes, Dorian! Siento no haber interpretado bien mi papel, pero no te podía sacar de mi cabeza. Te prometo que no volverá a ocurrir. Se me presentó tan de repente..., mi amor por ti. Creo que nunca lo habría sabido si no me hubieras besado, si no nos hubiéramos besado. Bésame otra vez, amor mío. No te alejes de mí. No lo soportaría. No me dejes.

DORIAN.- Me voy. No quiero volver a verte. Me has decepcionado. *(Sale.)*

SIBYL.- No te vayas. Por favor, perdóname lo que ha pasado esta noche. A partir de ahora trabajaré como tú deseas y me esforzaré por mejorar. Siempre te he complacido en todo, siempre. No seas cruel conmigo, porque te amo más que a nada en el mundo.

## ACCIÓN QUINTA.-

---

DORIAN, VOZ EN OFF, HENRY y BASIL

*(Dorian llega a casa. Se quita la capa y la deja sobre el respaldo del diván. Está trastornado, violento, inquieto. Al fondo el cuadro se convierte en espectador privilegiado. Comienza la música-ruido que acompañará toda la escena. Lo hace extremadamente suave. Todo está casi en penumbra. Tan sólo la calle de proscenio luce un poco más. Al comenzar la música-ruido un haz de luz refuerza el retrato. Lo hace más presente; lo incluye en escena. Dorian siente un estremecimiento; como una llamada.*

VOZ EN OFF.- Dorian...

DORIAN.- *(Se vuelve bruscamente apoyando sus manos sobre el respaldo del diván dando la espalda al público.) ¿Sí? ¿Quién es? ¿Quién me llama? Victoria, ¿eres tú? (Se mueve por escena buscando. Ha subido a la tarina.)(Pausa. Queda unos instantes parado encima de la tarima. Cuando pisa el primer escalón para bajar se repite la voz.)*

VOZ EN OFF.- Dorian...

DORIAN.- *(Un poco más violento. Con ligero temor.) ¿Quién eres? ¿Dónde estás?*

VOZ EN OFF.- Dorian...

DORIAN.- *¡Basta! ¿Quién está ahí? Acabaré por volverme loco. (Ahora se sitúa junto a la ventana. La luz azul nos muestra el rostro pálido del joven que se apoya inseguro sobre el muro.)*

VOZ EN OFF.- Dorian... *(Coincidiendo con el inicio de esta intervención el retrato adquirirá una mayor luminosidad.)*

DORIAN.- *(Esta última llamada lo hace volverse y mirar al cuadro. Se aleja muy poco del lienzo. Lo contempla diagonalmente, con un pie en la tarima y el otro en el primer escalón. No pierde la izquierda.) ¡Oh, Dios, es el retrato! (Lo observa con detenimiento. Pausa. Se aproxima lentamente.) ¿Qué es esto? (Toca la comisura de los labios del lienzo. Se frota los dedos como intentado analizar la textura.) ¿Qué le ha ocurrido? ¿Qué extraña sombra es ésta que aparece en los labios? (Se separa del cuadro sin dejar de mirarlo. Su rostro refleja una tremenda sorpresa.) Pero, no puede ser. ¿Qué significa todo esto? (Comienza a descender la escalera.) Pero, no puede suceder. Es absolutamente imposible. (Antes de acabar la frase se apoya con ambas manos sobre el respaldo del diván. Su mirada se pierde en el patio de butacas intentando encontrar una razón.)*

VOZ EN OFF.- Que el retrato envejeciera y yo me conservara eternamente joven...

DORIAN.- *...eternamente joven... (Su intervención se monta sobre la de la voz en off, a modo de recordatorio.)(Durante unos segundos queda aturdido mirando al vacío. Su cabeza niega no dando crédito a lo que ocurre.) No es posible, estas cosas no suceden. Parece monstruoso, pero... (Se gira, aterrorizado, a mirar el retrato.) esa mueca de crueldad en la boca es real. (Pausa.) Es cierto, he sido cruel. Un sentimiento monstruoso se apoderó de mí y no tuve reparo en hacer daño. Pero, yo no soy así; no volveré a pecar. No escucharé esas teorías embaucadoras de Henry y volveré junto a Sibyl. Sí, aún estoy a tiempo. Le pediré perdón, me casaré con ella y me esforzaré por amarla de nuevo. ¡Pobre Sibyl! ¡Qué cruel y egoísta he sido! (Corre la cortina y oculta el retrato. Se va hacia el diván donde escribe una carta que mete en un sobre y luego se la guarda.)*

HENRY.- *(Entrando.)* Siento mucho todo lo que ha pasado, Dorian. Pero no debes pensar demasiado en ello.

DORIAN.- ¿Te refieres a Sibyl Vane?

HENRY.- Sí, por supuesto. Es horrible, desde cierto punto de vista, pero tú no tienes la culpa. Dime, ¿fuiste a verla después de que terminara la obra?

DORIAN.- Sí.

HENRY.- Estaba convencido de que había sido así. ¿Discutiste con ella?

DORIAN.- Fui brutal, Henry, terriblemente brutal. Pero he reflexionado profundamente y todo está ahora resuelto. Siento mucho lo que ha sucedido, Henry, pero creo que me ha ayudado a conocerme mejor.

HENRY.- ¡Ah, Dorian, cómo me alegro que te lo tomes de esa manera! Temía encontrarte hundido en el remordimiento.

DORIAN.- He superado todo eso. Ahora soy totalmente feliz. Para empezar he descubierto qué es la conciencia: es lo más divino que hay en nosotros..., al menos, la más divino para mí. Quiero ser bueno, Henry. No quiero comenzar tan joven a ensuciar mi alma.

HENRY.- ¿Y cómo te propones empezar?

DORIAN.- Casándome con Sibyl Vane.

HENRY.- ¡Casándote con Sibyl Vane! Pero, mi querido Dorian...

DORIAN.- Sí, Henry, sé lo que me vas a decir. Algo terrible sobre el matrimonio. No lo digas. No me vuelvas a decir cosas como ésas. Hace dos días le pedí a Sibyl que se casara conmigo. No voy a faltar a mi palabra. ¡Será mi esposa!

HENRY.- ¿Tu esposa...? ¿No has recibido mi carta? Te envié la nota con mi criado.

DORIAN.- ¿Tu carta?

HENRY.- Entonces, ¿no sabes nada?

DORIAN.- ¿Qué quieres decir?

HENRY.- Dorian... , mi carta..., no te asustes..., era para decirte que Sibyl Vane ha muerto.

DORIAN.- ¡Muerta! ¡Sibyl muerta! ¡No es verdad! ¡Es una mentira espantosa! ¿Cómo te atreves a decir una cosa así?

HENRY.- Es completamente cierto, Dorian. Te he escrito para pedirte que no recibieras a nadie hasta que yo llegara. Habrá una investigación, por supuesto, pero no debes verte mezclado en ella. Imagino que en el teatro no saben cómo te llamas. Si es así no hay ningún problema. ¿Te vio alguien dirigirte hacia su camerino? Eso es importante.  
*(Dorian tardó unos instantes en contestar. Estaba aturdido por el horror.)*

DORIAN.- ¿Has hablado de una investigación? ¿Qué quieres decir con eso? ¿Acaso Sibyl...? ¡Es superior a mis fuerzas, Henry! Por favor, cuéntamelo todo inmediatamente.

HENRY.- Estoy convencido de que no ha sido un accidente, aunque hay que conseguir que la opinión pública lo vea de esa manera. Parece que cuando salía del teatro con su madre, alrededor de las doce y media más o menos, dijo que había olvidado algo en el piso de arriba. Esperaron algún tiempo por ella, pero no regresó. Finalmente la encontraron muerta, tumbada en el suelo de su camerino. Había tragado algo por equivocación, alguna cosa terrible que usan en los teatros. Imagino que era ácido prúsico, porque parece haber muerto instantáneamente.

DORIAN.- ¡Qué cosa tan atroz, Henry!

HENRY.- Sí, verdaderamente trágica, desde luego, pero tú no debes verte mezclado en ello. Dorian, esta noche cenarás conmigo y luego nos pasaremos por la ópera. No debes permitir que este asunto altere tu vida.

DORIAN.- De manera que he asesinado a Sibyl Vane.

HENRY.- Es absurdo que pienses así.

DORIAN.- ¡Oh, Henry! Es terrible: Aquí está la primera carta de amor apasionada que he escrito en mi vida y va dirigida a una muchacha muerta. ¡Dios del cielo, Henry! ¿Qué voy a hacer? ¿Por qué me he portado así? Ya no hay nada que pueda mantenerme en el camino recto. Sibyl lo hubiera conseguido. No tenía derecho a quitarse la vida. ¿Por qué se ha portado de una manera tan egoísta?

HENRY.- Mi querido Dorian, si te hubieras casado con esa chica, habrías sido muy desgraciado. Tú lo sabes. Hubiera sido muy triste convertir una aventura pasajera en un compromiso en regla.

DORIAN.- Imagino que sí. Pero pensaba que era mi deber. Henry ¿por qué no siento esta tragedia con la intensidad que quisiera? No creo que me falte corazón, pero he de reconocer que lo que ha sucedido no me afecta como debiera. Tiene la belleza terrible de una tragedia griega, una tragedia en la que he tenido un papel muy destacado, pero que no me ha dejado heridas.

HENRY.- Con frecuencia sucede que las tragedias reales de la vida nos hieren por lo crudo de su violencia, por su absoluta incoherencia, por su absurda ausencia de significado. Pero ¿qué es lo que ha sucedido en realidad? Alguien se ha matado por amor, por el tuyo... Me gustaría haber tenido alguna vez una experiencia semejante.

DORIAN.- No, Henry, por Dios, no digas eso. He sido horriblemente cruel con ella. Lo estás olvidando.

HENRY.- Anteayer me dijiste que Sibyl Vane representaba para ti a todas las heroínas novelescas; que una noche era Desdémona y otra Julieta; que si moría como Julieta, volvía a la vida como Imogena.

DORIAN.- Nunca resucitará ya (*murmuró el muchacho, escondiendo la cara entre las manos.*)

HENRY.- No, nunca más. Ha interpretado su último papel. Esa muchacha nunca ha vivido realmente, de manera que tampoco ha muerto de verdad. Para ti, al menos, siempre ha sido un sueño. En el momento en que tocó la vida real, desapareció el encanto, la vida la echó a perder, y

Sibyl murió. Lleva duelo por Ofelia, si quieres. Cúbrete la cabeza con cenizas porque Cordelia ha sido estrangulada, pero no malgastes tus lágrimas por Sibyl Vane. Era menos real que todas ellas.

*(Después de algún tiempo Dorian Gray alzó los ojos.)*

DORIAN.- Me has explicado a mí mismo, Henry. Aunque sentía lo que has dicho, me daba miedo, y no era capaz de decírmelo. ¡Qué bien me conoces! Pero no vamos a hablar más de lo sucedido. Ha sido una experiencia desagradable. Eso es todo. Me pregunto si la vida aún me reserva alguna otra cosa tan extraordinaria.

HENRY.- La vida te lo reserva todo, Dorian. No hay nada que no seas capaz de hacer con tu maravillosa belleza. Y ahora olvidemos lo sucedido. No des transcendencia a un hecho pasajero y fortuito, a un accidente ajeno a ti.

DORIAN.- Sí, he de retomar mi vida, sería absurdo condicionar mi juventud y me prestigio por algo que no merezco.

HENRY.- Entonces acompáñame. Cenaremos en el club y después acabaremos la noche en la ópera.

DORIAN.- Está bien, nos veremos allí. Estoy demasiado cansado para comer nada.

HENRY.- Como quieras, aunque lamento que no cenes conmigo.

DORIAN.- No me siento capaz. *(Pausa.)* Henry, eres sin duda mi mejor amigo. Nadie me ha entendido nunca como tú.

HENRY.- Sólo estamos al comienzo de nuestra amistad. Hasta luego. Te veré antes de las nueve y media.

*(Al salir Henry Dorian descubre la cortina y vuelve a contemplar el retrato.)*

DORIAN.- Has conocido la muerte de Sibyl antes que yo. Dime: ¿Cómo ha interpretado su última y terrible escena? ¿Me maldijo? No, ha muerto de amor por mí. *(Pausa.)* Ahora sé que esa sensación de desprecio en tus labios es tan real como la muerte de Sibyl. Real como mi decisión. A partir de ahora tú cargarás con el peso de la vergüenza y yo con la eterna juventud; con las pasiones infinitas. Disfrutaré de violentas alegrías y pecados aun más violentos; no quiero prescindir de nada. Lo demás no importa. *(Se besa los dedos y luego toca los labios del retrato.)*

DORIAN.- ¿Qué ocurre, Victoria? *(Oculta el cuadro.)*

VICTORIA.- El señor Basil Hallward acaba de llegar y espera en el vestíbulo.

DORIAN.- Basil...

VICTORIA.- ¿Le hago pasar?

DORIAN.- ¡No! Dile que no me encuentro bien, que en cuanto me sea posible yo mismo iré a su estudio.

VICTORIA.- Está bien, señor.

DORIAN.- Espera. Será mejor hacerle pasar. Por favor, dile que entre.

VICTORIA.- Muy bien, señor. *(Sale.)*

BASIL.- Querido amigo, acabo de enterarme en el club de la fatal noticia. He venido de inmediato. No sé cómo explicarte cuánto lamento lo sucedido. Me hago cargo de lo mucho que sufres. Por un momento, antes de entrar, temí no encontrarte aquí. Comprendí sin duda la obligación de acompañar, en estos terrible momentos, a la madre de Sibyl ¡Pobre mujer! ¡En qué estado debe encontrarse! ¡Y su única hija! Sin duda agradecerá tu visita y tu consuelo en un momento tan amargo como éste.

DORIAN.- No iré.

BASIL.- ¿Qué?

DORIAN.- No voy a ir Basil. No he pensado en visitar a la madre de Sibyl Vane esta noche. Bueno, en realidad ni esta noche ni nunca. De hecho, he quedado con Henry para ir a la opera. Promete ser una función inolvidable.

BASIL.- Dorian, no puedo comprender que hayas decidido ir a la opera mientras el cadáver de Sibyl Vane yace en alguna sórdida morgue ¿Eres capaz de hablarme de lo prometedor que va a ser la representación de esta noche, cuando la muchacha a la que amabas, hace tan sólo unas horas, no dispone siquiera de la paz de un sepulcro donde descansar?

DORIAN.- ¡Basta! ¡No estoy dispuesto a escucharte! No me hables de esas cosas. Lo que está hecho, está hecho. Lo pasado, pasado está.

BASIL.- ¿A lo que ha ocurrido hace unas horas le llamas el pasado? Algo te ha cambiado completamente. No sé qué te ha sucedido. Hablas como si no tuvieras corazón, como si fueras incapaz de compadecerte. Es la influencia de Henry. Lo veo con toda claridad.

DORIAN.- Es mucho lo que le debo a Henry; más de lo que te debo a ti. Tú sólo me enseñaste a ser vanidoso.

BASIL.- Sin duda estoy siendo castigado por ello.

DORIAN.- No entiendo lo que dices, Basil. Tampoco sé lo que quieres. ¿Qué es lo que quieres?

BASIL.- Quiero al Dorian Gray cuyo retrato pinté en otro tiempo.

DORIAN.- Has llegado demasiado tarde, Basil. Cuando oí que Sibyl Vane se había quitado la vida...

BASIL.- ¡Quitado la vida! ¡Cielo santo! ¿Se sabe a ciencia cierta?

DORIAN.- ¡Mi querido Basil! ¿No pensarás que ha sido un vulgar accidente? Por supuesto que se ha suicidado.

BASIL.- Qué cosa tan terrible.

DORIAN.- No; no tiene nada de terrible. Su muerte posee toda la patética inutilidad del martirio; el desperdicio innecesario de su belleza. Y todo fue porque la última noche que actuó, la noche en que tú la viste, descubrió la realidad del amor y decidió hacerla paradigma de su vida,

menospreciando su trabajo como actriz. No quería un amor fingido, ¿para qué?, el que ella me otorgaba y el que yo le ofrecía colmaban su vida. Cuando, luego en el camerino, le dije que la aborrecía, que me había defraudado, que me había hecho sentirme ridículo ante vosotros; le mostré la irrealidad del amor; no pudo soportarlo y murió. *(Pausa.)* Tu vienes aquí a consolarme y te lo agradezco, pero me encuentras consolado y te enfureces. Si realmente quieres ayudarme, enséñame más bien a olvidar lo que ha sucedido y no a obligarme a recordarlo y a sentir remordimientos. Ya no soy el joven modelo que posaba en tu estudio. Tengo nuevas pasiones, nuevos pensamientos, nuevas ideas. He cambiado, pero tú serás siempre mi amigo. Es cierto que a Henry le tengo mucho cariño. Pero sé que tú eres mejor. Menos fuerte, porque le tienes demasiado miedo a la vida, pero mejor. Y, ¡qué felices éramos cuando estábamos juntos! No me dejes, Basil. Soy lo que soy. No hay nada más que decir.

BASIL.- Será así, Dorian, a partir de hoy no volveré a hablarte de ese suceso tan terrible. Pero, por favor, tienes que venir y posar para mí de nuevo. Sin ti no hago nada que merezca la pena.

DORIAN.- No, no me pidas eso, jamás volveré a posar para ti. ¡Es imposible!

BASIL.- ¡Pero eso es una tontería! ¿Quieres decir que no te gusta el retrato tuyo que pinté? ¿Dónde está?

DORIAN.- Ahí, tras la cortina.

BASIL.- ¿Por qué lo ocultas? Déjame verlo.

DORIAN.- Basil, no debes verlo. No quiero que lo veas.

BASIL.- ¡Que no vea mi propia obra! No hablas en serio. ¿Por qué no puede verlo?

DORIAN.- Si lo haces, te juro que nunca volveré a dirigirte la palabra mientras viva.

BASIL.- Pero, ¿qué es lo que te pasa? Por supuesto que no voy a mirarlo si tú no quieres. Pero me parece bastante absurdo que no pueda ver mi propia obra, sobre todo cuando me dispongo a exponerla en París en otoño; de manera que tendré que verlo algún día.

DORIAN.- ¿Exponerlo? ¿Quieres exponerlo?

BASIL.- Sí; espero que no te opongas. Voy a reunir mis mejores obras para una exposición personal que se inaugurará la primera semana de octubre.

DORIAN.- Me dijiste que no lo expondrías nunca. ¿Por qué has cambiado de idea? No es posible que lo hayas olvidado: me aseguraste con toda la solemnidad del mundo que nada te impulsaría a mandarlo a ninguna exposición. Y a Henry le dijiste exactamente lo mismo. Basil, ¿qué razón tenías para negarte entonces a exponer el retrato?

BASIL.- Si te lo dijera, quizá disminuyera el aprecio que me tienes, y sin duda alguna te reirías de mí. Me resulta insoportable que suceda cualquiera de esas dos cosas.

DORIAN.- No, Basil; me lo tienes que contar. Creo que tengo derecho a saberlo.

BASIL.- Está bien, pero te suplico que seas benevolente conmigo. Y antes necesito que me respondas a una sola pregunta.

DORIAN.- ¿Qué quieres saber?

BASIL.- ¿Has notado algo peculiar en el cuadro? ¿Algo que probablemente no advertiste en un primer momento, pero que se te ha revelado de repente?

DORIAN.- ¡Basil!

BASIL.- Ya veo que sí. No digas nada. Escúchame. Desde el momento en que te conocí, tu personalidad ha tenido sobre mí la más extraordinaria de las influencias. Has dominado mi alma, mi cerebro, mis energías. Te quería para mí solo. Por supuesto nunca te hice saber nada de todo eso. No lo habrías entendido. Apenas lo entendía yo. Después pasaron semanas y un día, un día fatídico, decidí pintar tu retrato. Mientras trabajaba en él, con cada pincelada, con cada toque de color me parecía estar revelando mi secreto; mostrando públicamente la adoración que sentía por ti. Tuve miedo de que otros lo advirtieran y por eso decidí, entonces, no permitir que el retrato se expusiera nunca en público. Ahora comprendo que tienes razón. El cuadro no se puede mostrar. Es imposible ocultar que en él lo verdaderamente representativo es mi idolatría por ti. Me parece extraordinario, Dorian, que hayas descubierto mi secreto en el retrato. ¿Lo has visto de verdad?

DORIAN.- Vi algo en él; algo que me pareció sumamente curioso.

BASIL.- Bien; ahora ya no te importará que lo vea, ¿no es cierto?

DORIAN.- No me pidas eso, Basil. No puedo permitir que lo veas.

BASIL.- Pero llegará algún día en que sí.

DORIAN.- Nunca.

BASIL.- Bien; quizás estés en lo cierto. *(Pausa.)* No sabes lo que me ha costado decirte todo lo que te he dicho.

DORIAN.- Mi querido Basil, ¿qué es lo que me has contado? Simplemente, que te parecía que me admirabas demasiado. Eso ni siquiera llega a ser un cumplido

BASIL.- No, es una confesión. ¡Dorian, por favor, vuelve a posar para mí!

DORIAN.- No insistas, Basil. Eso es completamente imposible.

BASIL.- Destrozas mi vida negándote.

DORIAN.- Me es imposible explicártelo, pero no puedo volver a posar para ti. Hay algo fatal en un retrato. Tiene... tiene vida propia.

## ACCIÓN SEXTA.-

---

SRA. VANE y JAMES

SRA. VANE.- Todavía aquí. ¿Hoy tampoco vas a salir? *(La Sra. Vane mira a James que oculta su rostro entre sus brazos apoyados en la mesita del camerino.)* *(James levanta la cara y su mirada se cruza con la de su madre.)* Estás borracho.

JAMES.- No, madre, no estoy borracho, todavía no. *(Se sirve una copa.)*

SRA. VANE.- Cuando vas a decidirte a hacer algo. Podías hacer caso al Sr. Isaacs y ayudarlo en las tareas del teatro.

JAMES.- ¿Al Sr. Isaacs?

SRA. VANE.- Ya sé que no lo soportas. Bueno, tú, en realidad, no soportas a nadie, pero sin su ayuda ahora nos veríamos en la calle.

JAMES.- Mejor sería.

SRA. VANE.- ¿Sí? ¡Qué fácil te resulta decirlo! A ti que eres incapaz de encontrar un trabajo digno, que te conformas con dos o tres jornadas, de cuando en cuando, que no te llegan para comprar el alcohol que te bebes. Ya ni en el puerto te aceptan por tus continuas broncas ¿y me recriminas a mí que me empeño en conservar un hogar?

JAMES.- ¿A esto le llamas hogar?

SRA. VANE.- Sí, un hogar. Tú puedes llamarlo como quieras. Puedes burlarte de este miserable cuarto, pero es aquí donde duermes y donde te emborrachas. ¿Qué haríamos sin él? ¿Qué harías tú a no ser que yo me empeñara en tenerlo? Me ves como me esfuerzo cada día por atenderlo todo y sólo recibo de ti desaires e indiferencia.

JAMES.- Déjame.

SRA. VANE.- James. Reacciona, eres joven todavía, qué te impide intentarlo de nuevo. Tu fracaso en Australia fue sólo un percance. La vida está llena de momentos amargos pero si conseguimos superarlos el futuro resplandece más. No soporto verte día tras día con la sola compañía de una botella. ¿Dónde se fue tu ilusión, donde está el joven aventurero que deseaba comerse el mundo?

JAMES.- Basta, madre, no necesito ni tus ánimos ni tu compasión. Sólo necesito estar solo.

SRA. VANE.- James, ¿por qué eres tan cruel conmigo?

JAMES.- No soy cruel, tan solo soy yo: James. Soy un poco todas esas cosas que imaginas y que te empeñas en negártelas a ti misma, pero es así. Me gustaría poderte decir que mi vida va a cambiar, que al escuchar tus palabras de ánimo recapacitaré, y a partir de mañana este amargado James desaparecerá y encontrarás a un hombre lleno de esperanza y ansioso por demostrar lo que vale. No te quiero mentir. No estoy dispuesto a perder el tiempo con engaños, cuando tú, mejor que nadie, sabes que no deseo recuperarme. No malgastes tus fuerzas en un empeño tan vano.

SRA. VANE.- Eres mi hijo y debería sentir lástima por ti, pero no es así. Estoy cansada de mostrar misericordia por un hijo vago, que no hace otra cosa que abrir una botella tras otra, mientras yo me sacrifico, día a día, para mantenerlo. Si no fuera por mí, a la que, sin reparo, humillas e ignoras, no podrías subsistir. No trabajas. No me ayudas. No haces nada. Sólo te consumes amargado.

JAMES.- He dicho que basta ya.

SRA. VANE.- No, quiero que al menos me escuches, porque soy yo la que te paga la miseria de alcohol que te tomas. Podrías agradecermelo siquiera, aunque me mentiras, aunque te supusiera un esfuerzo y no soportaras mirarme a los ojos mientras me lo dices. Tan sólo por compasión. Hace diez años que regresaste de Australia y desde entonces, en todo ese tiempo, no has hecho más que dar tumbos de un lado a otro. No has conseguido ningún trabajo por tu conducta vaga y conflictiva.

*(La madre le quita la botella.)*

JAMES.- Madre, devuélveme la botella.

SRA. VANE.- No, basta ya. Hasta aquí he aguantado, pero ya no consiento más.

JAMES.- Madre, por favor, la botella.

SRA. VANE.- Sí, la botella, la botella. La quieres para ocultar tu cobardía. No tienes el valor de un hombre para enfrentarte a la vida. Necesitas estar siempre borracho para no ver en lo que te has convertido.

JAMES.- Madre, devuélvemela.

SRA. VANE.- ¡No, no, no lo haré! Estoy cansada de desgracias. Toda mi vida ha sido un continuo sufrimiento. Rodeada de sinsabores. Hace dieciocho años que murió tu hermana; desde entonces no ha habido un momento de alegría aquí.

JAMES.- Tú y nadie más fuiste la culpable de la muerte de Sibyl. Te pedí, te rogué que la cuidaras mientras yo estaba fuera, pero no, te dejaste embaucar por un "caballero" - como tú le llamabas -. No quisiste hacer caso a mis temores y la abandonaste a merced de un desalmado. No tenía que haberme ido a Australia, debí quedarme aquí y haberla protegido yo. Tu caballero fue un miserable que no dudó en abandonarla. Un miserable que la mató.

SRA. VANE.- Tu hermana se suicidó.

JAMES.- ¡Qué sabes tú! Crees que la muerte de una actriz de tercera merecía una indagación. Te conformaste con lo que dijeron. No tuviste el valor para exigir una investigación a fondo. Te dio igual como murió tu hija.

SRA. VANE.- No, no me dio igual. No digas eso, James, por favor. Estaba sola, tú estabas lejos, no había nadie que me ayudara. El señor Isaacs no quería complicaciones. Temía que le cerraran el teatro y no quiso ayudarme en nada. Pero se lo pedí, te juro que le rogué que me ayudara, pero me amenazó con echarme si insistía. Qué querías que hiciera una pobre mujer como yo.

JAMES.- ¿Y él? Vuestro Príncipe Azul. ¿Te ayudó?

SRA. VANE.- James...

JAMES.- Ni siquiera se dignó a verla muerta. No se acercó al cementerio para dar el último adiós a quien ella me repetía, una y otra vez, que era el amor de su vida. Sibyl para él era un juego, un capricho de vanidoso que se abandona sin más cuando desagrada; cuando contamina y se torna peligroso. ¡Oh, madre! ¿Cómo no fuiste tras ese miserable? Pero yo sí lo haré. Haré lo que le juré a Sibyl.

SRA. VANE.- ¿Qué vas a hacer?

JAMES.- ¿Quién es? Dime su nombre.

SRA. VANE.- James, sabes que no lo sé, ella nunca me lo dijo, sólo lo llamaba su Príncipe Azul.

JAMES.- Basta, madre. Todos estos años he soportado esa mentira, he ahogado en mi alma la venganza que ahora tengo y que quiero liberar definitivamente. Dime como se llama.

SRA. VANE.- No, no lo sé.

JAMES.- Sé que le conoces, que le has vuelto a ver por las calles de Londres. Incluso que has apartado la mirada para no encontrarte con la suya y agachado la cabeza para no ser reconocida.

SRA. JAMES.- No, James. No lo hagas. Ella no querría que destrozaras tu vida por una venganza. Ya sabes cómo te quería. Recapacita. Por favor, James; hazlo por Sibyl.

JAMES.- *(Llorando.)* ¡Sibyl, Sibyl! *(Cae de rodillas con la botella en la mano.)* *(La madre lo abraza.)* Madre, yo la quería... la quería... *(Duda. Le cuesta sincerarse. Las lágrimas ahogan su voz.)* *(Casi en susurro, mirando a los ojos de madre, que también llora.)* Yo..., yo la amaba, madre. Sí la amaba. No me fui a Australia para encauzar mi vida. Me fui para no verla, para trabajar hasta agotarme y olvidar, olvidarla. Lo que yo quería era imposible. No soportaba estar a su lado y no poder decírselo. Luego llegó él, su Príncipe Azul, mi rival y todo se precipitó. Huí a Australia acosado por mi impotencia. Después llegó tu carta y todo se rompió.

SRA. VANE *(Con decisión.)* Dorian, ese es su nombre; Dorian Gray. *(James se levanta y se dirige a la salida.)* James, eres lo único que me queda. No quiero perderte.

JAMES.- Yo ya estoy perdido.

## ACCIÓN SÉPTIMA.-

---

DORIAN, VICTORIA y BASIL

*(Dorian está leyendo en el sofá. Victoria entra y se para esperando que Dorian la mire.)*

DORIAN.- Deseabas algo Victoria.

VICTORIA.- el señor Basil Hallward espera en el vestíbulo.

DORIAN.- Está bien. Hazle pasar.

BASIL.- *(Entrando.)* Dorian, te preguntarás, ante todo, el por qué de esta inesperada visita y a esta hora tan poco habitual.

DORIAN.- Mi querido Basil. En mi casa serás siempre bien recibido. Además sé que tendrás razones sobradas para visitarme a estas horas.

BASIL.- Salgo para París en el tren de medianoche, y tenía mucho interés en verte antes.

DORIAN.- Siento que te vayas, porque llevo siglos sin verte. Pero supongo que volverás pronto.

BASIL.- No; voy a estar ausente seis meses. Me propongo alquilar un estudio en París y encerrarme hasta que acabe un cuadro en el que tengo muchas esperanzas. Pero no quiero hablarte de mí. Tengo algo que decirte.

DORIAN.- Desde luego. Pero, ¿no perderás el tren?

BASIL.- Tengo tiempo de sobra. El tren no sale hasta las doce y cuarto y sólo son las once.

DORIAN.- Está bien, Basil. ¿Qué tienes que decirme?

BASIL.- No frunzas el ceño. Me lo pones mucho más difícil.

DORIAN.- ¿De qué se trata?

BASIL.- Se trata de ti, y no tengo más remedio que decírtelo. Sólo necesito media hora.

DORIAN.- ¡Media hora!

BASIL.- No es tanto lo que te pido. Y lo hago porque me preocupo por ti. Creo que es justo que sepas que en Londres se dicen de ti las cosas más espantosas.

DORIAN.- No quiero saber nada de eso. Me encantan los escándalos acerca de otras personas, pero las habladurías que me conciernen no me interesan. Carecen del encanto de la novedad.

BASIL.- Deben interesarte, Dorian. No puedes querer que la gente hable de ti como de alguien vil y depravado. Yo me niego a dar crédito a los rumores pero... No sé qué pensar... ¿Por qué, Dorian, una persona como el duque de Berwick abandona el salón del club cuando tú entras

en él? ¿Por qué tu amistad es tan desastrosa para los jóvenes? Pienso en el joven Perth y sir Henry Ashton, que tuvo que abandonar Inglaterra con su reputación manchada para siempre. Eráis inseparables. ¿Y el hijo único de lord Kent? Ayer me tropecé con su padre. Parecía deshecho por la vergüenza y la pena.

DORIAN.- Ya basta, Basil. Estás hablando de cosas de las que nada sabes. Me preguntas porqué Berwick se marcha del club cuando yo entro. Se debe a todo lo que yo sé acerca de su vida, no a lo que él sabe acerca de la mía. Henry Ashton y el joven Perth ¿Qué pueden decir? ¿Acaso soy yo quien les ha enseñado sus vicios a uno y al otro su libertinaje? Si el perverso del hijo de Kent va a buscar a su mujer en un burdel, ¿qué tiene eso que ver conmigo?. En este país basta que un hombre sea distinguido e inteligente para que todas las lenguas vulgares se desaten contra él. Dime tú, ¿qué vida llevan todas esas personas que presumen de ser los guardianes de la moralidad?

BASIL.- Dorian, no es ése el problema. ¿Por qué con todos aquellos con los que te relacionas parecen perder por completo el sentimiento del honor, de la bondad, de la pureza? Lo único que les transmites es una sed desenfadada de placer, y no se detienen hasta llegar al fondo del abismo. Sí, tú eres quien los ha llevado hasta allí, y sin embargo aún eres capaz de sonreír, como lo estás haciendo ahora.

DORIAN.- Cuidado, Basil. Estás yendo demasiado lejos.

BASIL.- He de hablar y tú tienes que escucharme. Hay otros rumores..., rumores según los cuales se te han visto salir al amanecer de casas espantosas e introducirte disfrazado en los antros más infames de Londres. ¿Son ciertos esas habladurías? No te voy a decir que no quiero sermonearte porque mentiría. Deseo que tu vida haga que el mundo te respete. Que tengas un nombre sin tacha y una reputación por encima de toda sospecha. Dicen que corrompes a todas las personas con las que intimas. No sé si es cierto o no, pero eso es lo que dicen de ti. Lord Gloucester, uno de mis mejores amigos en Oxford. Me mostró una carta que le escribió su esposa cuando moría. Tu nombre aparecía en ella, mezclado con la más terrible confesión que he leído nunca. A él le dije que era absurdo; que te conocía perfectamente, y que eras incapaz de nada parecido. ¿Te conozco? Me pregunto si es verdad que te conozco. Antes de contestar tendría que ver tu alma.

DORIAN.- ¡Ver mi alma!

BASIL.- Sí; ver tu alma. Pero eso sólo lo puede hacer Dios.

DORIAN.- No, Basil. Vas a tener ocasión de verla ahora ¿Por qué tendría que ocultártela? Después de todo es obra tuya. Luego se lo podrás contar al mundo, si así lo decides. Eres la única persona que tiene derecho a saberlo todo de mí. Estás más estrechamente ligado a mi vida de lo que crees. De manera que, según tú, sólo Dios ve el alma, ¿no es eso? Descorre la cortina y verás la mía.

BASIL.- Estás loco, Dorian.

DORIAN.- No, no estoy loco. ¡Contempla mi alma!

*(De los labios del pintor escapó una exclamación de horror al ver el espantoso rostro que le sonreía desde el lienzo.)*

BASIL.- ¡Dios del cielo! ¿Qué es esto? ¿Qué es esta abominable imagen que hay en el lienzo? ¡Éste no eres tú Dorian! ¡Dios mío! ¿Qué significa esto?

DORIAN.- Hace años, Henry y tú halagasteis mi vanidad y me enseñasteis a sentirme orgulloso de mi belleza, aquella tarde en un momento de locura formulé un deseo, aunque quizá tú lo llames una plegaria...

BASIL.- ¡Lo recuerdo! ¡Sí, lo recuerdo perfectamente! Dijiste que lo darías todo porque el cuadro envejeciera mientras tú... ¡Pero eso es imposible! Esas horrorosa trasformaciones deben ser por otra razón. El moho habrá atacado el lienzo. No sé,... los pigmentos que utilicé podrían... Te aseguro que es imposible.

DORIAN.- ¿Qué es imposible?

BASIL.- Me dijiste que lo habías destruido.

DORIAN.- Estaba equivocado. El retrato me ha destruido a mí.

BASIL.- No creo que sea mi cuadro.

DORIAN.- ¿No descubres en él a tu ideal?

BASIL.- Mi ideal, como tú lo llamas...

DORIAN.- Como tú lo llamaste.

BASIL.- No había maldad en él, no tenía nada de qué avergonzarme. Fuiste para mí el ideal que nunca volveré a encontrar. Y ése es el rostro del horror.

DORIAN.- Es el rostro de mi alma.

BASIL.- ¡Cielo santo! ¡Qué criatura elegí para adorar! Tiene los ojos de un demonio.

DORIAN.- Todos llevamos dentro el cielo y el infierno.

BASIL.- ¡Dios mío! Si es cierto (*Acercándose al cuadro.*) ¿Y esto es lo que has hecho con tu vida? ¡eres todavía peor de lo que imaginan quienes te atacan! (*Acercándose más; examinándolo.*) La corrupción y el horror surgen de las entrañas del cuadro. Tu vida interior se manifiesta misteriosamente y la lepra de tu pecado devora lentamente el lienzo. La descomposición de un cadáver en un sepulcro no sería un espectáculo tan espantoso. ¡Cielo santo, Dorian, esto es una terrible lección. Debes de arrepentirte; la plegaria de tu orgullo encontró respuesta. La plegaria de tu arrepentimiento también será escuchada. Ambos hemos sido castigados.

DORIAN.- Es demasiado tarde.

BASIL.- Nunca es demasiado tarde. Arrodillémonos y tratemos juntos de recordar una oración. Sí, hay un versículo que dice: «Aunque vuestros pecados fuesen como la grana, quedarían blancos como la nieve»

DORIAN.- Esas palabras ya nada significan para mí.

BASIL.- ¡Calla! No digas eso. Ya has hecho suficientes maldades en tu vida. ¿No ves cómo esa odiosa criatura se ríe de nosotros?

DORIAN.- Esa odiosa criatura es mi alma y tú eres el culpable de que esa horrible mirada vaya a atormentarme por toda la eternidad.

BASIL.- No Dorian, no podría resistir cargar con esa acusación. Sabes que yo jamás te haría ningún daño. Representas el ideal de mi existencia. Si me lo pidieras no dudaría en dar mi vida por ti.

DORIAN.- ¿De verdad, Basil? ¿De verdad que darías tu vida por mí?

BASIL.- Dorian, ¡Dios, mío! ¿Qué rostro es éste?

DORIAN.- El de mi verdadera alma. *(Dorian da muerte a Basil.)*

*(Dorian oculta el retrato y saca el cadáver de escena.)*

*(Entra. Se recompone las ropas. Escribe una nota y llama a Victoria.)*

DORIAN.- ¡Victoria! ¡Victoria!

VICTORIA.- Señor.

DORIAN.- Rápido. Lleva esta nota al 152 de Hertford Street y adviértele al Sr. Alan Campbell que venga lo más rápidamente posible; es un asunto de vida o muerte.

VICTORIA.- En seguida señor.

DORIAN.- Exígele que venga inmediatamente.

*(Dorian redacta una carta y la mete en un sobre. Pasea inquieto. Mira por la ventana.)*

ALAN.- *(Entrando sin ser presentado.)* ¿Qué me quieres con tanta urgencia?

DORIAN.- ¡Alan! Te agradezco mucho que hayas venido.

ALAN.- Me había propuesto no volver a pisar tu casa, Gray. Pero se me ha dicho que era una cuestión de vida o muerte.

DORIAN.- Alan. Escúchame. En esa habitación contigua yace en el suelo el cadáver de un hombre. Hace apenas media hora que ha muerto.

ALAN.- Basta, Gray. No quiero saber nada más. Ignoro si lo que me acabas de contar es mentira o verdad. No me importa. Me niego por completo a verme mezclado en tu vida. Guarda para ti sólo tus horribles secretos. Han dejado de interesarme.

DORIAN.- Tienen que interesarte, Alan. Eres la única persona que me puede salvar. Tú eres un hombre de ciencia, Alan. Sabes química y otras cosas relacionadas con ella. Has hecho experimentos. Se trata de que destruyas ese cuerpo sin vida de manera que no quede el menor rastro. Debes encargarte de convertirlos, a él y a todas sus pertenencias, en un puñado de cenizas que puedan esparcirse al viento.

ALAN.- Estás loco, Dorian.

DORIAN.- ¡Ah! Por fin me llamas Dorian.

ALAN.- Estás loco, te lo repito... Loco por imaginar que vaya a alzar un dedo por ayudarte, loco por hacer esa confesión monstruosa. ¿Me crees dispuesto a poner en peligro mi reputación por ti? ¿Qué me importa en qué tarea diabólica te hayas metido?

DORIAN.- Se trata de un suicidio, Alan.

ALAN.- Me alegro de saberlo. Pero, ¿quién lo ha empujado al suicidio? Estoy seguro de que has sido tú.

DORIAN.- ¿Sigues negándote a hacer lo que te pido?

ALAN.- Claro que me niego. Nada me llevará a dar un paso por ayudarte. Te has equivocado de persona. Acude a tu amigo lord Henry. No a mí.

DORIAN.- Alan, te he mentado, no ha sido un suicidio; he sido yo quien lo ha matado.

ALAN.- ¡Cielo santo, Dorian! ¿A eso has llegado finalmente? No temas por mí, no te denunciaré. No es asunto mío, pero me niego a intervenir.

DORIAN.- Tendrás que hacerlo. Espera, espera un momento; escúchame. Sólo tienes que oírme. Lo que quiero que hagas es, sencillamente, algo que ya has hecho muchas veces. A decir verdad, destruir un cadáver debe de ser mucho menos horrible que lo que estás acostumbrado a hacer. Y recuerda que es la única prueba contra mí. Si se descubre, estoy perdido; y se sabrá sin duda, a menos que tú me ayudes.

ALAN.- No tengo el menor deseo de ayudarte. Lo único que me inspira todo este asunto es indiferencia. No tiene nada que ver conmigo.

DORIAN.- Alan, te lo suplico. Piensa en qué situación me encuentro. Te suplico que lo hagas. Fuimos amigos en otro tiempo, Alan.

ALAN.- No hables de eso. Aquellos días están muertos. No sirve de nada que prolongues esta escena. Me niego a intervenir en este asunto. Tienes que estar loco para pedirme una cosa así.

DORIAN.- ¿Te niegas?

ALAN.- Sí.

DORIAN.- Te lo suplico, Alan.

ALAN.- Es inútil.

*(Dorian saca la carta y se la entrega a Alan. Éste la lee y palidece.)*

DORIAN.- Lo siento por ti, pero no me has dado otra opción. Si no me ayudas, enviaré una copia donde, sin duda, supones. Sabes cuáles serán las consecuencias. Pero me vas a ayudar. Es

imposible que te niegues. Has de reconocer que he tratado de evitártelo, pero te has mostrado inflexible, duro, ofensivo. Me has tratado como nadie se ha atrevido a hacerlo nunca y lo he soportado todo. Pero ahora soy yo quien impone las condiciones. Vamos, Alan; tienes que decidirte ya.

ALAN.- No lo puedo hacer.

DORIAN.- No tienes elección. No te empeñes en retrasarlo.

ALAN.- ¿Hay algún fuego en la habitación?

DORIAN.- Sí; la chimenea permanece encendida todo el día.

ALAN.- ¡Eres un infame! ¡Un ser absolutamente repugnante! Haré lo que me pides. Cuando acabe, espero que no volvamos a vernos nunca.

*(Alan y Dorian salen de escena. La luz decrece hasta la penumbra.)*

## ACCIÓN OCTAVA.-

---

*(Entran Henry y Dorian.)*

HENRY.- No me digas que vas a ser bueno. Eres absolutamente perfecto. Haz el favor de no cambiar.

DORIAN.- No, Henry, no. He hecho demasiadas cosas horribles en mi vida. No voy a hacer ninguna más.

HENRY.- ¿No irás a desaparecer como Basil? La gente no habla de otra cosa.

DORIAN.- Pensaba que ya se habrían cansado.

HENRY.- Mi querido muchacho, sólo llevan seis semanas hablando de ello, y el público británico necesita tres meses para soportar la tensión mental que requiere un cambio de tema. De todos modos, ha tenido bastante suerte en estos últimos tiempos. Primero fue el caso de mi divorcio y el suicidio de Alan Campbell. Ahora se les ofrece la misteriosa desaparición de un artista. Scotland Yard sigue insistiendo en que la persona con un abrigo gris que el nueve de noviembre tomó el tren de medianoche camino de Francia era el pobre Basil, y la policía gala afirma que nunca llegó a París.

DORIAN.- ¿Qué crees tú que le ha sucedido a Basil?

HENRY.- No tengo ni la más remota idea. Si Basil decide esconderse no es asunto mío. Si ha muerto, no quiero pensar en él. La muerte es la única cosa que de verdad me aterra. La aborrezco.

DORIAN.- ¿Por qué?

HENRY.- Porque en la actualidad se puede sobrevivir a todo, pero no a eso.

DORIAN.- Henry, ¿se te ha ocurrido pensar alguna vez que quizá Basil haya muerto asesinado?

HENRY.- ¿Por qué tendrían que haberlo asesinado? No era lo bastante inteligente como para hacerse enemigos. Es cierto que poseía un gran talento para la pintura. Pero era terriblemente aburrido. A mí sólo me interesó una vez, y fue cuando me dijo que eras el motivo dominante de su arte.

DORIAN.- Yo le tenía mucho cariño. Pero, ¿no dice la gente que lo han asesinado?

HENRY.- Lo dicen algunos periódicos, pero a mí no me parece nada probable.

DORIAN.- ¿Qué dirías, Henry, si te confesara que he sido yo su asesino?

HENRY.- Diría, mi querido amigo, que tratas de representar un papel que no te va en absoluto. Todo delito es vulgar, de la misma manera que todo lo vulgar es delito. No está en tu naturaleza, Dorian, cometer un asesinato. El crimen pertenece en exclusiva a las clases bajas; para ellos es como el arte para nosotros, una manera de procurarse sensaciones extraordinarias.

DORIAN.- ¿Una manera de procurarse sensaciones? ¿Crees, entonces, que una persona que ha cometido un asesinato podría volver a cometerlos?

HENRY.- Cualquier cosa se convierte en placer si se hace con suficiente frecuencia. En mi opinión su muerte no fue nada romántica. Creo que se cayó al Sena desde la victoria de un autobús, y el conductor echó tierra sobre el asunto para evitar el escándalo. De cualquier modo durante los últimos años su pintura había caído mucho. Sí, desde que dejasteis de ser amigos dejé de ser un buen artista. A propósito ¿qué fue de aquel maravilloso retrato que te hizo? No lo he vuelto a ver desde que lo terminó. ¡Ah, sí! Creo que me dijiste que lo habías enviado a tu casa de campo, que se perdió o lo robaron y no volviste a saber de él.

DORIAN.- Sí, creo que eso fue lo que ocurrió. Pero por favor, no hables de él. Me desagrada. Lo cierto es que nunca me gustó de verdad. Siento haber posado para él. Su recuerdo me resulta odioso. ¿Por qué hablas de aquel retrato? Siempre me recordaba esos fríos versos de Hamlet:

¿O eres como imagen de dolor,  
como un rostro sin alma?

HENRY.- «Imagen de dolor», «rostro sin alma». ¿Cómo acaba exactamente la cita?

DORIAN.- «ganar todo el mundo y perder su alma?»

HENRY.- Qué insensatez. El ser humano no tiene alma.

DORIAN.- No digas eso, Henry. El alma es una terrible realidad. Se puede comprar y vender, y hasta hacer trueques con ella. Se la puede envenenar o alcanzar la perfección. Todos y cada uno de nosotros tenemos un alma. Lo sé muy bien.

HENRY.- ¿Estás seguro, Dorian?

DORIAN.- Completamente seguro.

HENRY.- No te pongas tan serio. Nunca me has parecido tan encantador como esta noche. Haces que recuerde el día en que te conocí. Eras bastante tímido y absolutamente extraordinario. Has cambiado, por supuesto, pero tu aspecto no. Me gustaría que me dijeras tu secreto. Haría cualquier cosa para recuperar mi juventud, excepto ejercicio, levantarme pronto o ser respetable... La tragedia de la ancianidad no es hacerse viejo, sino seguir siendo joven. ¡Ah, Dorian, qué vida tan exquisita la tuya! Has bebido hasta saciarte de todos los placeres; has saboreado las uvas más maduras. Nada se te ha ocultado. Y todo ello no ha sido para ti más que unos compases musicales. Nada te ha echado a perder. Sigues siendo el mismo.

DORIAN.- No soy el mismo, Henry.

HENRY.- Sí que lo eres. Me pregunto cómo será el resto de tu vida. No la estropees con renunciaciones. En el momento presente eres la perfección misma. No te hagas voluntariamente incompleto. No te falta nada. Bien quisiera cambiarme contigo, Dorian. El mundo no se cansa de probarnos a los dos, pero a ti siempre te ha rendido culto. Y siempre lo hará.

DORIAN.- Sí; la vida me ha dado placeres exquisitos, pero voy a cambiar, Henry. Y no debes tenerme tanta confianza; no lo sabes todo. Creo que si lo supieras, también tú te alejarías de mí.

HENRY.- Esta ha sido una velada deliciosa y debemos acabarla de la misma manera. Acompáñame al club.

DORIAN.- Esta noche no, Henry, estoy cansado. Necesito estar solo y pensar en mi futuro.

HENRY.- Como quieras, mi querido Dorian. Pero a mi parecer eres demasiado encantador para hacer una cosa así. Te veré mañana. Hasta la vista.

*(Henry sale. Entra por la penumbra James. Ataca a Dorian por detrás.)*

DORIAN.- ¿Quién es? ¿Qué quiere?

JAMES.- Estate quieto y no te atrevas a gritar. Si te mueve, te hundiré la hoja de esta navaja en el cuello.

DORIAN.- Pero ha perdido el juicio. ¿Qué le he hecho yo? ¿Qué tiene contra mí?

JAMES.- Tú destrozaste la vida de Sibyl Vane. Y Sibyl Vane era mi hermana. Dicen que se suicidó, pero yo no lo creo. Creo más bien que tú la mataste y si no fue así la atormentaste de tal manera que la llevaste a quitarse la vida. Sibyl era todo ternura, capaz de ilusionarse con un solo gesto. Te aprovechaste de su debilidad, la embriagaste con falsas promesas, atrapándola con palabras embaucadoras hasta que la tuviste, como se tiene una hermosa copa de bordes labrados. Entonces pasó a ser tu capricho. Después algo no te gustó...

DORIAN.- No sé de qué me habla.

JAMES.- Sé muy bien de la calaña que estáis formadas las gentuzas como tú. Usáis a las personas hasta que algo en ellas os desagrada y entonces pierden el interés; la abandonáis. Eso hiciste con Sibyl y probablemente con otros más. Pero ya se acabó. Yo he venido a poner fin a tu vida. Juré matarte si le hacías daño y es lo que voy a hacer. Ponte a bien con Dios, porque vas a morir esta noche.

DORIAN.- Va a cometer un terrible error. Nunca he oído ese nombre. Está usted loco.

JAMES.- Más le vale confesar su pecado, porque va a morir, tan cierto como que me llamo James Vane.

DORIAN.- Escúcheme. Si me mata lo habrá hecho con un inocente y arruinará su vida para siempre.

JAMES.- No me importa lo que me ocurra. Esta noche cumpliré mi juramento y haré justicia.

DORIAN.- No, por favor. Espere. No cometa una locura. Su hermana murió, pero...

JAMES.- ¿Qué quieres decirme? ¡Acaba de una vez!

DORIAN.- Yo no puedo ser... su hermana... ¿Cuánto tiempo hace que murió?

JAMES.- Hace dieciocho años... ¿Por qué me lo pregunta? ¿Qué importancia tiene eso ahora?

DORIAN.- ¿Dieciocho años?... ¡Dieciocho años! ¡Escuche! ¡Es imposible que fuera yo!

JAMES.- ¿Qué?

DORIAN.- Se lo ruego, lléveme bajo la luz y míreme la cara.  
(*Lo arrastra hasta un zona iluminada.*)

JAMES.- No, es imposible.

DORIAN.- Lo ve ahora, se convence.

JAMES.- Dios mío, es cierto. Eres demasiado joven.

DORIAN.- La persona que usted busca ha de ser mayor que yo.

JAMES.- ¡Oh! ¡Cielos! Es verdad. He estado a punto de quitar la vida a un inocente. ¡Dios!  
¡Esta maldita locura!

(*Henry momentos antes ha aparecido en el lado opuesto. Saca el arma y dispara sobre James.*)

DORIAN.- ¡Henry!  
(*Henry vuelve a disparar*)

DORIAN.- ¡No, Henry! ¡No!  
(*Henry efectúa dos nuevos disparos.*)

DORIAN.- ¡Henry! ¡Dios mío! ¿Qué has hecho?

HENRY.- Defenderte, Dorian. Ese loco te hubiera matado.

DORIAN.- No, Henry, ya había dejado de amenazarme; había tirado la navaja.

HENRY.- Dorian. ¿Crees que puedes confiar en personas como éstas? Qué poco les conoces. Te ha atacado en un arrebato de locura; de justicia como le llama él. Esa justicia mojada en alcohol que con tanta rapidez hace valientes a estos pobres desgraciados. Tú le has convencido en el último momento; una estratagema eficiente lo de mostrar tu rostro, he de reconocerlo. Pero no basta. A ellos a parte del remordimiento poco les queda. No tardaría en encontrarse con sus fantasmas y en otro arrebato te buscaría y entonces sí, entonces estarías perdido.

DORIAN.- Era el hermano de...

HENRY.- Sí, ya sé, era James Vane, hermano de Sibyl. Un hombre sin personalidad atado a los bajos fondos y al alcohol. Tan débil de carácter como lo fue su hermana. Afortunadamente justo antes de salir oí tus voces y pude llegar a tiempo. ¿Qué te decía?

DORIAN.- Me culpaba de la muerte de Sibyl y estaba en lo cierto. Esa fue mi primera mala acción. Creo, Henry, qué ahí comenzó todo. Hasta ese momento yo era una persona tímida, incapaz de hacer daño a nadie. Pero aquella noche algo se apoderó de mí. Me sentí con el derecho a exigir a aquella chica responsabilidades por su mala interpretación. No sentí en absoluto sus súplicas. Mi alma estaba endurecida, un velo de orgullo no me dejó ver que ella tan sólo deseaba entregarme su amor definitivo. Él tenía razón; Sibyl para mí no significó más que un capricho, que mientras me obedecía y no enturbiaba mis expectativas me era grato, pero cuando decidió dar un paso más, cuando quiso demostrarme su sincero compromiso la maltraté; busque sus sentimientos más dulce y profundos. Mi alma se adentró en su alma y allí elegí la pureza para

infringir el más cruel de los castigos. Tengo el alma podrida. Este pobre hombre debía haber cumplido el juramento que le hizo a su hermana.

HENRY.- Estás afectado por lo que te ha sucedido. No debes ver en esta situación más de lo que es: que un pobre infeliz desesperanzado de la vida quiere vengar lo que ocurrió hace dieciocho años. Es absurdo que apoyes los sentimientos de quien ha venido a matarte. Voy a llamar a la policía. Yo diré que fui amenazado y actué en defensa propia. Tu alegarás allanamiento de morada y esta misma noche todo estará resultado; este pobre hombre habrá puesto fin a su infelicidad y nosotros retomaremos la agrídulce vida de la alta sociedad londinense. No toques nada. Regreso en un momento.

*(Henry sale. Queda solo Dorian junto al cadáver.)*

DORIAN.- No he limpiado todavía la sangre de Basil de mis manos cuando vuelvo a verlas manchadas. Es inútil redimir mi vida cuando tú me abocas a la maldad. ¿Di, qué me exiges para recobrar mi alma? aquella que entregué perdido por la vanidad. Has teñido de melancolía mis pasiones. Tu simple recuerdo ha echado a perder mis momentos de alegría. Me has arrebatado mi conciencia y te has convertido en la mía. Tú y sólo tú, retrato endemoniado, dominas mi alma y haces inútil mis deseo de ser lo que fui. No tengo esperanza, no. No tengo paz, no. Y mi alma la entregué.

Telón

Llerena, 28 de julio de 2010